

Capítulo 20

Satanás encadenado mil años

([índice](#))

Apocalipsis 20:1-3: Vi un ángel que descendía del cielo con la llave del abismo y una gran cadena en la mano. Prendió al dragón, la serpiente antigua, que es el Diablo y Satanás, y lo ató por mil años. Lo arrojó al abismo, lo encerró y puso un sello sobre él para que no engañara más a las naciones hasta que fueran cumplidos mil años. Después de esto debe ser desatado por un poco de tiempo.

Mil años literales son los que pasará Satanás atado con cadenas. La razón por la que Juan tuvo que emplear símbolos hasta este punto, es para evitar que hombres malvados destruyeran su libro en caso de que comprendieran su significado al identificarlos a ellos y a sus reinos. Pero a partir del capítulo 20 Juan describe eventos que se han de dar con posterioridad a la batalla de Armagedón, y ya no es más necesario emplear lenguaje simbólico.

Demasiado a menudo amantes de las armas disparan a gente inocente en locos arrebatos de odio. En ocasiones, los cuerpos de seguridad son capaces de apresarlos vivos y encarcelarlos. Este capítulo trata de varias cuestiones: ¿Por qué no ata Dios ya al diablo ahora? ¿Acaso la gente mala no se volvería buena una vez que Satanás estuviera encadenado de forma segura? Si a quienes eligieron la iniquidad se les diera otra oportunidad más, ¿no pudiera ser que escogieran la salvación? ¿Les va a dar Dios esa otra oportunidad? ¿Se va a convertir finalmente Satanás?

Muchos culpabilizan a Satanás como siendo el único responsable de su mala conducta. Pero si Dios atara al diablo hoy, ¿se convertirían de repente en buenos mañana? Santiago afirma:

“Cada uno es tentado, cuando de su propia pasión es atraído y seducido” (Santiago 1:14). Eso indicaría que es nuestra atracción y seducción desde el interior la que nos causa el problema, no necesariamente el diablo desde el exterior.

En este capítulo veremos que si se diera una última oportunidad más a los perdidos volverían de nuevo a escoger continuar en su camino de rebelión contra Dios y contra todo lo que es bueno. ¡No nos atreveremos a demorar nuestra entrega a Dios hasta que el ángel comisionado encadene a Satanás!

¿Qué significa el “**abismo**”? En la versión griega del Antiguo Testamento (LXX) se trata de la misma palabra que encontramos en Jeremías 4:23-27. El antiguo profeta describe la situación de la tierra en ese mismo período de tiempo: “**Miré a la tierra, y vi que estaba desordenada y vacía [abyssos: abismo]; y a los cielos, y no había luz en ellos... Miré, y vi que el campo fértil era un desierto, y todas sus ciudades estaban assoladas delante de Jehová, delante del ardor de su ira. Así dijo Jehová: Toda la tierra será assolada**”.

Recordemos que al ser derramada la séptima plaga todas las ciudades del mundo son destruidas por un granizo de tamaño gigantesco. Esta tierra, en su condición ruinoso tras la segunda venida de Cristo, es precisamente el “**abismo**” en el que el ángel va a confinar a Satanás durante los mil años.

¿Cuál es esa “**gran cadena**” con la que el ángel ata a Satanás? Jeremías declara, refiriéndose a ese mismo tiempo: “**Por esto se enlutará la tierra, y los cielos arriba se oscurecerán**” (Jeremías 4:28). Dicho de otro modo: durante los mil años no brillará el sol, la luna ni las estrellas. Cuando uno es puesto en un entorno de oscuridad completa, viene a resultar confinado tan eficazmente como si hubiera sido encadenado. Pedro escribió que Dios

entregaría a Satanás y sus ángeles “a prisiones de oscuridad” (2 Pedro 2:4).

¿Por qué razón Satanás ya no puede seguir engañando a las naciones hasta que se cumplan los mil años? Todos los que guerrearon contra Cristo en aquella batalla de Armagedón han sido destruidos por el resplandor de Jesús en su venida. Declaró Jeremías: “Yacerán los muertos de Jehová en aquel día desde un extremo de la tierra hasta el otro; no se hará lamentación, ni se recogerán ni serán enterrados, sino que como estiércol quedarán sobre la faz de la tierra” (Jeremías 25:33).

Tampoco a los salvos puede ahora engañar, ya que fueron llevados al cielo al venir Cristo: “El Señor mismo, con voz de mando, con voz de arcángel y con trompeta de Dios, descenderá del cielo. Entonces, los muertos en Cristo resucitarán primero. Luego nosotros, los que vivimos, los que hayamos quedado, seremos arrebatados juntamente con ellos en las nubes para recibir al Señor en el aire, y así estaremos siempre con el Señor” (1 Tesalonicenses 4:16-17). Estando muertos los impíos, y estando los redimidos en el cielo a salvo de Satanás, ¿a quién podría tentar?

Apocalipsis 20:4-6: Vi tronos, y se sentaron sobre ellos los que recibieron facultad de juzgar. Y vi las almas de los decapitados por causa del testimonio de Jesús y por la palabra de Dios, los que no habían adorado a la bestia ni a su imagen, ni recibieron la marca en sus frentes ni en sus manos; y vivieron y reinaron con Cristo mil años. Pero los otros muertos no volvieron a vivir hasta que se cumplieron mil años. Esta es la primera resurrección. Bienaventurado y santo el que tiene parte en la primera resurrección; la segunda muerte no tiene poder sobre estos, sino que serán sacerdotes de Dios y de Cristo y reinarán con él mil años.

¿Cuándo comienzan esos mil años? Juan aclara categóricamente que el comienzo de los mil años tendrá lugar al darse la “**primera resurrección**” de los que murieron en Cristo, y que la segunda resurrección —la de los impíos— ocurrirá al final de los mil años. Dijo Jesús: “**Llegará la hora cuando todos los que están en los sepulcros oirán su voz; y los que hicieron lo bueno saldrán a resurrección de vida; pero los que hicieron lo malo, a resurrección de condenación**” (Juan 5:28-29).

“**Bienaventurado**” significa “afortunado”, “feliz”. Será el caso de quienes oigan la voz del arcángel y la trompeta de Dios cuando Jesús regrese por segunda vez. Tal como sucede a quienes han sido inoculados con un remedio preventivo contra una enfermedad (por ejemplo, la difteria), estos habrán resultado “inmunizados” contra los horrores de la segunda muerte, de forma que “**la segunda muerte no tiene poder sobre estos**”.

¡Imagina la situación de quienes no oigan la voz de Jesús en su segunda venida! Es como aquel que planea tomar un avión para una cita importante, y al llegar el día no escucha la alarma del despertador y pierde el vuelo. ¿Puedes imaginar algo peor que seguir “durmiendo” en el tiempo de la primera resurrección?

¿Qué hará el pueblo de Dios en el cielo durante los mil años? Muchos buscarán a amigos y seres queridos a quienes esperarían ver salvos, tal como sucede a los que sobreviven a un terremoto o inundación. Podrían no estar allí algunos de los que esperarían encontrar. ¡Con cuánta ansiedad querrán conocer los redimidos la causa por la que algunos no están entre los resucitados en la primera resurrección!

Para darles satisfacción, y a fin de responder a todo cuestionamiento por siempre, Jesús abrirá los libros del cielo y les

permitirá leer por ellos mismos los registros de las vidas de los perdidos. De ese modo, tal como Juan afirma, “**recibieron facultad de juzgar**”. Pablo dijo a los corintios: “**¿No sabéis que los santos han de juzgar al mundo? Y si el mundo ha de ser juzgado por vosotros, ¿sois indignos de juzgar asuntos tan pequeños? ¿No sabéis que hemos de juzgar a los ángeles? ¿Cuánto más las cosas de esta vida?**” (1 Corintios 6:2-3). Al llegar a su fin los mil años, esa gran obra de juicio respecto a los perdidos habrá convencido a todos de la justicia y misericordia de Dios.

Hubo muchos en la historia que fueron decapitados por permanecer fieles a la verdad de Cristo. Aunque perdieron toda posesión terrenal y hasta la propia vida, ellos no se perdieron. En la crisis que pronto va a sorprendernos, muchos en el pueblo de Dios perderán sus posesiones y amigos, y en algunos casos también sus vidas. Pero quienes se nieguen a adorar a la “**bestia**” o a su “**imagen**” y rehúsen recibir la “**marca**” de la bestia en sus frentes o en sus manos no se perderán eternamente.

Con total seguridad, los primeros cinco minutos que puedan pasar en la presencia del Señor les convencerán de que valió la pena mil veces ser leales a él y a su verdad. “**Esta leve tribulación momentánea produce en nosotros un cada vez más excelente y eterno peso de gloria... pues las cosas que se ven son temporales, pero las que no se ven son eternas**” (2 Corintios 4:17-18).

Apocalipsis 20:7-9: Cuando los mil años se cumplan, Satanás será suelto de su prisión y saldrá a engañar a las naciones que están en los cuatro ángulos de la tierra, a Gog y a Magog, a fin de reunirlos para la batalla. Su número es como la arena del mar. Subieron por la anchura de la tierra y rodearon el campamento de los santos y la ciudad amada; pero de Dios descendió fuego del cielo y los consumió.

Satanás es liberado de su prisión por el hecho de que los impíos son resucitados de sus tumbas (es la segunda resurrección). Entonces puede reanudar esa labor que tan bien conoce: la de engañar a los demás. Los perdidos no resucitan en la plenitud de la salud y el vigor, tal como fue el caso de los justos que resucitaron en la primera resurrección, sino llevando aún las marcas del pecado y la maldición. Miran a su alrededor y contemplan su mundo en un estado de ruina. Saben que la destrucción tuvo lugar debido a su propia maldad al seguir los caminos de Satanás.

Todos en el cielo observan ahora atentamente qué es lo que van a hacer. ¿Aprendieron la lección? Durante esos mil años en los que Satanás no tuvo nada que hacer excepto recapacitar, ¿decidió arrepentirse? ¿Experimentó su corazón un cambio?

Dios ha tenido a bien darle esa oportunidad, de forma que todos puedan ver que su carácter es rematadamente malvado y sin esperanza de cambio. Nunca dice: “Lo siento, Señor. Ahora me arrepiento”. Todos hemos sabido de criminales que salen de la cárcel solamente para repetir los mismos crímenes por los que fueron encarcelados. Todos los inicuos que salen de sus tumbas en esa segunda resurrección vuelven a elegir los engaños de Satanás. Siguen amando la mentira (ver 2 Tesalonicenses 2:9-12). Confirman que no hay esperanza alguna para ellos.

Observa cuán nutrido será el grupo de los perdidos. “**Su número es como la arena del mar**”. Jesús nos advirtió que debemos guardarnos de seguir a las grandes multitudes o a las mayorías en cuestiones de fe: “**Entrad por la puerta angosta, porque ancha es la puerta y espacioso el camino que lleva a la perdición, y muchos son los que entran por ella; pero angosta es la puerta y angosto el camino que lleva a la vida, y pocos son los que la hallan**” (Mateo 7:13-14). Esa es la razón por la que al mirar al mundo de nuestros

días vemos tan pocos transitando el camino angosto que lleva a la vida eterna.

La forma en que Satanás engaña a sus seguidores puede parecernos insensata, pero haremos bien en recordar que el pecado es una insensatez. Logra que las mentes de sus súbditos abracen la idea desesperada de que son capaces de tomar la santa ciudad de Dios, la Nueva Jerusalén, que ha descendido de Dios desde el cielo para establecerse en la tierra (ver Apocalipsis 21:2). Los inicuos imaginan que debido al hecho de ser tan numerosos van a ser capaces de vencer a Cristo y a sus santos. Pero ¿cómo podría prosperar ese plan?

Aunque Satanás ha dispuesto de tiempo sobrado para considerar los resultados de su rebelión, sigue odiando a Dios y a su pueblo. Si lograra entrar en la ciudad santa podría desalojar a Dios de su trono y proclamarse rey. Los ángeles santos y los redimidos observan. “Es suficiente”, declaran, “ahora vemos el resultado inevitable y final del pecado. Que se haga justicia”.

Apocalipsis 20:10-15: El diablo, que los engañaba, fue lanzado en el lago de fuego y azufre donde estaban la bestia y el falso profeta; y serán atormentados día y noche por los siglos de los siglos. Vi un gran trono blanco y al que estaba sentado en él, de delante del cual huyeron la tierra y el cielo y ningún lugar se halló ya para ellos. Y vi los muertos, grandes y pequeños, de pie ante Dios. Los libros fueron abiertos, y otro libro fue abierto, el cual es el libro de la vida. Y fueron juzgados los muertos por las cosas que estaban escritas en los libros, según sus obras. El mar entregó los muertos que había en él, y la muerte y el Hades entregaron los muertos que había en ellos, y fueron juzgados cada uno según sus obras. La muerte y el Hades fueron lanzados al lago de fuego. Esta es la muerte segunda.

El que no se halló inscrito en el libro de la vida fue lanzado al lago de fuego.

La gran hueste hace una pausa mientras se reúne alrededor de la Nueva Jerusalén. Muy por encima de la ciudad aparece un gran trono blanco. Sentado en él está el Hijo de Dios con toda la gloria de su Padre. Los malvados tienen ahora la oportunidad de considerar sus vidas pasadas. Como en una gran pantalla panorámica contemplan los eventos de la vida de Cristo, su rechazo y crucifixión. Cada uno ve la parte que desempeñó en una vida dedicada a guerrear contra el Cordero. Cada pensamiento de sus mentes malvadas, cada palabra y cada hecho es ahora apreciado en su terrible realidad de rebeldía contra Dios y su verdad.

Entienden por fin su pecado. Ven que han estado constantemente resistiendo los ruegos del Espíritu Santo y han rechazado sus advertencias. Han pisoteado su misericordia con terquedad y han despreciado a sus fieles mensajeros. Comprenden que han estado crucificando diariamente a Cristo de nuevo. Los sobrecoge la vergüenza y el remordimiento. Se sienten abrumados por la realidad de su propia culpa.

Ni siquiera Satanás puede mirar hacia otro lado. Ve cómo un ángel —que sabe que habría podido ser él— coloca a Cristo una brillante corona en la cabeza. La multitud observa sobrecogida. Los malvados comprenden ahora el valor de la recompensa eterna que despreciaron y rechazaron mediante su obstinada negativa a arrepentirse. Satanás y la gran hueste de los perdidos doblan sus rodillas ante Dios y confiesan la justicia de su sentencia, reconociendo su absoluta descalificación para entrar en el cielo. Se cumplirán así las palabras de Pablo: **“Para que en el nombre de Jesús se doble toda rodilla de los que están en los cielos, en la tierra y debajo de la tierra; y toda lengua confiese que Jesucristo es el**

Señor, para gloria de Dios Padre” (Filipenses 2:10-11. Ver también Isaías 45:23).

Observa que ninguno de ellos es juzgado por su fe. ¡No guardaron la fe! Son juzgados solamente por sus obras, todas ellas motivadas de alguna forma por su amor al yo.

El fuego no cae del cielo porque Dios odie a esos pobres perdidos. El fuego viene porque la presencia misma de “nuestro Dios es fuego consumidor” (Hebreos 12:29). Dado que los perdidos han elegido aferrarse a su pecado tal como la viña se aferra al árbol hasta confundirse con él, ambos han de ser destruidos por el fuego que fue dispuesto solamente para consumir el pecado. Por otra parte, puesto que los redimidos se han entregado al amor de Cristo y se han arrepentido, han confesado y abandonado sus pecados, “la segunda muerte no tiene poder sobre estos” (Apocalipsis 20:6). El amor —*agape*— les ha librado del temor (1 Juan 4:17-18).

Dios jamás quiso que un solo ser humano pereciera en ese fuego, que fue solamente preparado para el diablo y sus ángeles (Mateo 25:41). ¿Por qué debería cualquiera de nosotros tomar la elección de compartir esa suerte siniestra?

El libro de la vida está todavía abierto delante de Dios, y ahora nuestros nombres pueden ser retenidos en él. Pero no habrá una segunda oportunidad una vez que hayan comenzado los mil años. Hoy, ahora, es nuestra oportunidad; y podría ser la última. Gracias sean dadas a Dios porque su Espíritu Santo está continuamente a la labor de atraernos. Jesús declaró: “Yo, cuando sea levantado de la tierra, a todos atraeré a mí mismo” (Juan 12:32). Su amor es tan activo y persistente, que solamente quienes lo resistan podrán perderse finalmente junto a Satanás.

Apocalipsis es el libro de la revelación de Jesús. Contiene el “[evangelio eterno](#)” (capítulo 14:6), y el evangelio son siempre buenas nuevas. Dios ha hecho fácil la salvación, y difícil la perdición. El libro de Apocalipsis nos enseña que sólo se perderán aquellos que “[pelearán contra el Cordero](#)” (Apocalipsis 17:14), pero haremos bien en recordar que mediante nuestra actitud ante los ruegos del Espíritu Santo a nuestros corazones, estamos ahora mismo decidiendo de qué parte estaremos.